



El magisterio de Alonso Zamora Vicente: Salamanca como lección

José Antonio Pascual Rodríguez¹

Recibido: 20 de febrero de 2017 / Aceptado: 4 de octubre de 2017

Resumen. El magisterio de Alonso Zamora Vicente, que se encuentra también fuera de las aulas, permite ver cómo Salamanca es una lección que supo enseñar a sus discípulos.

Palabras clave: Alonso Zamora Vicente; Universidad de Salamanca; literatura española.

[en] The teaching of Alonso Zamora Vicente: Salamanca as a lesson

Abstract. The teachings of Alonso Zamora Vicente went beyond the classrooms; they show us that Salamanca was a lesson that he managed to instill in his disciples.

Keywords: Alonso Zamora Vicente; Salamanca University; Spanish literature.

Sumario: 1. Prólogo; 2. Primera lección; 3. Segunda lección; 4. Tercera lección; 5. Cuarta lección; 6. Conclusión; 7. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Pascual Rodríguez, J. A. (2017). El magisterio de Alonso Zamora Vicente: Salamanca como lección, en *Revista de Filología Románica* 34. Núm. especial, 101-107.

1. Prólogo

Vino don Alonso con un bagaje de etnógrafo que no se oponía a la pasión que demostró por los textos literarios ni a su interés por cuanto le rodeaba. Supongo que chocaría, como todos, con los males de una ciudad de provincia cuyo diagnóstico ha dado así un profesor salmantino (Conde 2016:107), mirobrigense de nación:

Hay *dos* ciudades con ese mismo topónimo, Salamanca: junto al célebre conjunto monumental y en actitud cada vez más abusona, se extiende una ciudad anodina y fea, trazada con el cartabón mellado, por la que ningún visitante en su sano juicio, se perdería.

Alonso Zamora Vicente debió percibir esos defectos, incluso aquellos que no eran propios de la parte *anodina y fea* de la ciudad, sino que se acogían a esa zona del alma de algunos de sus más ilustres habitantes, los profesores, capaces de llevar su vanidad a las tertulias de café...

¹ Real Academia Española
Email: joseapascual@yahoo.es

... junto a las ventanas [...], a veces ceremoniosos, a veces acalorados por un descubrimiento científico o por una errata... (Zamora Vicente 1959:88).

Lo que no le impidió entender que una ciudad, sobre todo si es universitaria, es mucho más que sus defectos y mucho menos que la melancolía y el escepticismo que estos generan. Dejó, por ello, vagar por sus calles la ternura, a sabiendas de que, por encima de los monumentos y de las gloriosas tradiciones (o, insisto, sus *anodinos y feos* paisajes), está la convivencia que propicia una ciudad de dimensiones humanas:

... siempre he pensado que las universidades no deben estar en las grandes poblaciones. Se pierden un poco, se sumergen en la anonimidad de la gran ciudad, vestida de múltiples preocupaciones.

Y más si es otoño, pues:

yo, por mi parte, creo que no hay ya muchos sitios en el mundo donde se pueda encontrar, una mañana clara de octubre, bajo las pobres acacias de una plaza provinciana (Plaza de Anaya, catedral alta, sol bueno de las once, el cimbalillo del coro resonando, golondrinas en fuga) la alegría (Zamora Vicente 1952:43-44).

Lo que importa no es la peculiar condición de nuestra ciudad, sino el amor que llegó a profesarle el joven catedrático, hasta convertirla en una lección de vida.

2. Primera lección

Seguimos en el otoño y vemos cómo don Alonso se complace en enmarcar dentro de él lo que para un profesor es un momento casi mágico, el del comienzo de curso:

Ya está aquí el otoño. Lo anuncia esa delgadez del aire, cruzado de ráfagas frías, escalonado de nubes grises. Es el otoño de Castilla, suavísimo, cercano [...]. En Salamanca casi se le ve venir [...]. Las torres de la ciudad se destacan rígidas sobre el azul hondo y siempre hay un árbol inclinado sobre el río. (Algo, estallido invisible, asciende, inexpresable, por la orilla del secreto corazón)... También acusa el otoño el silbido de los trenes, más largo y penetrante desde que la noche se adelanta (Zamora Vicente 1952:41).

Dejemos ahora reducida esta blanda estación a un mero telón de fondo de la vida urbana y adentrémonos por ella, pues, por mucho que a quien escribe le seduzca el fino aire de esos momentos en que se pone en marcha el calendario escolar, lo que interesa es precisamente esa misma vida de...

... esos grupos de muchachos y muchachas jóvenes que se pasean seriamente por las plazas de la Universidad. No han comenzado las clases, pero ellos ya están allí [...]. Se presentan con una puntualidad desesperante todos los primeros de octubre. Cuchichean el paso de los profesores, suben, bajan, entran y salen, curiosos por todas partes, intentando descubrir el misterio de los patios, la existencia confusa de un laboratorio, de una biblioteca... (Zamora Vicente 1952:41-42).

Juventud que el profesor, a sus treinta y cinco años, observa, no sin una cierta melancolía que parece endémica en él:

Realidad pavorosamente concreta, la de cada octubre nuevo que llega, empujándonos suavemente, como por un blando precipicio, y nos coloca de pronto, madurez tardía del otoño, en la ribera del recuerdo [...]. Otoño, cuando el curso empieza en Salamanca y las voces juveniles nos llevan al pasado, en regreso que desearíamos eternamente penúltimo [...]. Vendrá otro octubre más, sombra de hoy. Ya está viniendo. Y también entonces, nos arrancará, vivas, unas cuantas palabras verdaderas (Zamora Vicente 1952:44).

Unos diez años después un jovencísimo Basilio Martín Patino escruta con la cámara los recovecos de la ciudad por la que había paseado con don Alonso. La mezcla de belleza y abandono de Salamanca la entendió, al igual que su maestro, como un particular escenario formativo de los estudiantes. *Nueve cartas a Berta* arrancaba de la lección que Zamora Vicente había dado a diario sobre la ciudad.

2. Segunda lección

Diluidos los males de la urbe por obra y gracia de un buscado costumbrismo, Alonso Zamora Vicente vuelve a acogerse otro otoño al marco urbano para contarnos cómo llegan a la feria de Salamanca quienes, terminadas las faenas agrícolas, buscan disfrutar del merecido cansancio de las corridas de toros, tras la visita de rigor al médico. Luego, en la ciudad...

... el gentío se amontona torpemente, gritando, gesticulante, en las esquinas, y en los bares, y en los paseos, y en la plaza mayor, y en las puertas de las iglesias, y en la cola de los cines, y asalta las tiendas y mercados con verdadero frenesí, dispuesto a gastar rumbosamente los parvos ahorros del año (Zamora Vicente 1956:63).

Carmen Martín Gaité –alumna también de don Alonso en la Facultad de Letras– observa a su vez la feria que se cuele en casa a través de los visillos:

Había voces en la calle, y una música de pitos y tamboril. Asomó una chica con uniforme de limpieza.

–Pero señorita Tali, ¿no sale al balcón?

–¿Cómo? –puso una voz adormilada.

–Que si no se asoma. Llevan un rato bailando las gigantillas aquí mismo debajo; se van a marchar.

–Bueno, ya las vi ayer. Ahora voy, es que me he despertado hace un momento (Martín Gaité 1988:13).

Es un paisaje urbano que el profesor había descrito antes:

... la ciudad amanece envuelta en ruidos y banderas, cohetes, bandas militares, estrépito de barracas y vendedores, gigantes y cabezudos, un alboroto de campanas. El aire se desciñe en rumores de fiesta (Zamora Vicente 1956:63).

Carmen Martín Gaité hace como que se le puede quitar a la ciudad unas briznas del pelo de la dehesa, cambiando el provincianismo en mera cursilería:

—Pues yo creo que sí voy a ir esta noche al Casino —decidió Isabel—. Lo que es que me tendría que lavar la cabeza. Se me pone en seguida incapaz. Ya se me ha quitado casi toda la permanente.

Se exploraba el pelo con los dedos, por mechones. Julia acercó su silla y se lo tocó por detrás.

—A ver. Con Dop. Nosotras tenemos Dop; ¿por qué no te la lavas aquí?

—No. Iré a la tarde a la peluquería. Oye, que todavía no he llamado a mi madre, ¿qué hora es, tú? (Martín Gaité 1988:24).

Quizá fueran los ojos de don Alonso los que le impulsaron a acercarse a esa realidad:

Para las gentes de la ciudad misma la feria son unos cuantos bailes hasta el amanecer en el casino local, con tumultuoso desvelo de armarios y lujos... (Martín Gaité 1988:24).

3. Tercera lección

No, el joven profesor del Estudio no trataba de edulcorar con el costumbrismo la sensación que debieron producirle las relaciones entre las personas de aquel poblachón que era la Salamanca de los años cincuenta, que recuerdo tan bien; ni las tomó como pretexto para hurgar en ese invento de la intrahistoria por la que con tanta solemnidad se había paseado el rector Unamuno, mientras organizaba las jugadas del ajedrez de sus ideas a lo largo de sus recorridos urbanos. Don Alonso buscaba sencillamente adentrarse por la propia vida que latía en la ciudad provinciana. Un vivir cuya existencia añoraban él y sus discípulos desde mucho antes de que hubiera comenzado a desaparecer: ahí tenemos a los personajes de Martín Patino y a los de Martín Gaité como argumento. Un vivir que llevaba como condimento una tristeza inherente a esa edad de plomo, a la que muchos pudimos hurtarnos gracias a que los profesores del Estudio supieron transmitirnos una enseñanza (y esperanza) que hubiera sido impensable si no hubieran sabido enlazar sus ideas con las que florecieron antes de la pertinaz sequía del franquismo.

Volvamos a Martín Patino. Algunos años antes de rodar sus *Nueve cartas* había realizado su trabajo de prácticas de la Escuela de Cinematografía. Era la oportunidad de disponer de una cámara, de jugar con los focos para iluminar la escena y de contar con las posibilidades que permite el montaje. Para rizar el rizo de la narración, deja entre cuatro paredes a una joven una tarde de domingo, sin otro amparo que el que supone permitirle contemplar, a través de su mirada, qué ocurre fuera. En otra tarde de domingo, una narración de Zamora Vicente presenta una situación parecida, en la que aparece un joven enfermo, muy atento a los ruidos que delatan la vida que vibra fuera de su habitación. Desde ella, no tiene otro recurso para acoger distintas sensaciones que las que le proporciona su oído:

... Ligeras risas, el mismo ruido ya claro, de las mismas personas sobre la acera, debajo del balcón. Y ya la atención tensa hacia la calle, palpitaciones, calofríos y un estremeci-

do sonar de campanas colándose, jovencillo, por los cristales entreabiertos. Deben ser en San Julián o en Sancti-Spiritus. Un auto. Tocaban siempre la sirena al doblar la esquina de la plaza, ahí donde acaban de trasplantar unos chopos espigaditos, rectos. [...] Chistan fuerte: alguna mozuela que pasa por la acera de enfrente, por los soportales debajo de mi cuarto. [...]. La tarde rotunda afuera, estallando en un domingo, cansancio arriba. Una voz de muchacha soltera, bajo el balcón, dice alto cosas que no entiendo, coreada por exclamaciones. Serán criaditas, modestas criadas para todo, sirvientes de aburridas familias burguesas. [...] Otro auto, mucho ruido. Cuando pasa y, a medida que se va alejando por la cuesta arriba, le sucede el silencio, las campanadas resurgen, como escapándose, ateridas, de los aleros; campanadas frágiles, monacales, leves asustadizas, transparentes en el sol ya inclinado. Un tren. El ruido del tren me despabila un poco. Se le oye jadear subiendo la cuesta del puente entre silbidos. Veo con los ojos cerrados el humo negro y denso, el paso de las ruedas sucesivas sobre los empalmes de los carriles, y sobre las agujas. Debe de ser un mercancías (mercante dicen los ferroviarios) [...]. Una voz de viejo, carraspeante, grita mercancías de unos cuantos céntimos: altramuces, chufas, castañas, cacahuets. Oigo el traqueteo del carrito y noto el olor diverso de las chucherías, de los cigarros al menudeo, el infinito clamor de las cáscaras de graso en el suelo. La misma voz ofrece el resultado de los partidos en todo el país. Los primeros helados, seguramente irá el hombre con chaqueta blanca y puede que sea valenciano. Resuena, monótono, su carrito blanco. Tendrá segurísimo un techo de madera, todo pintado y brillante, y llevará letras coloradas, y un cartelón de precios en una esquinita. Quizá se llame «La Polar», o cosa parecida (1959b:82-84).

Un salmantino de mi generación situará este cuadro, sin gran esfuerzo, en una casa de la Gran Vía que hace esquina con Correhuera, construida por el arquitecto Francisco Gil González hacia 1956. No le resultará difícil ubicar la cuesta de Sancti-Spiritus en la acera de enfrente, del lado de los soportales, ni colocar muy cerca de allí, a mano derecha, la iglesia de San Julián. Más lejos está la vía del ferrocarril, desenterrada entonces. Podrá incluso hacerse una idea de la habitación en que está encamado el muchacho, que estaría con toda probabilidad en un segundo piso. Mantiene así la escena el vigor de lo que se ha vivido y la sensación de realidad es aún mayor si el observador, además de haber comprado de vez en cuando en su adolescencia cigarrillos de uno en uno, es capaz de recordar lo que en ese cuadro se presenta como una mera posibilidad: la existencia de la Valenciana, que cuando yo era niño estaba al comienzo de la calle de María Auxiliadora, y que creo –¡ay! esta memoria– que tenía un satélite en forma de kiosko en la alamedilla y otro en forma de carrito, en el que destacaba el rótulo *La Polar*, al que le seguía la leyenda *Helados, polos*, con letra de un tamaño menor. Tiraba de él, portando una chaqueta blanca impecable, un señor moreno, de mediana edad (¡Mediana edad para un niño!).

Una tan precisa descripción del territorio urbano y de sus personajes prototípicos es enteramente ajena a la apariencia de objetividad del invento robbegrilletiano que vendría pocos años después, levantando una desasida realidad en la que se creería que las medidas de las cosas pueden suplantar al hecho de que sean vivibles; e igualmente distante del realismo de un espacio urbano, construido milimétricamente, con todo cuidado y toda clase de detalles, pero que no se ha vivido, por mucho mérito que tenga, como el que recientemente encontramos en la documentada descripción de la Salamanca por la que se mueve unos cuantos días el *Falcò* de Arturo Pérez Reverte (2016).

Esta Salamanca que don Alonso dibuja con la minuciosidad de un miniaturista tiene la condición, claro está, de una realidad transformada, pero veraz cuyo *leitmotiv* no es otro que el de la tristeza, reflejo de un mundo cambiante –no hay mundo que no lo sea– y contradictorio, tocado de un esperanzado escepticismo. Tristeza y escepticismo que son también los de Carmen Martín Gaité, de Basilio Martín Patino y de otros discípulos de don Alonso, como Manuel Bermejo o Luciano Egido, capaces de poner en el asador toda su socarronería para poder saltar con su escepticismo las ásperas murallas de la Salamanca de su juventud. Algo del impulso para lograrlo se lo debían a su profesor.

4. Una cuarta lección

Teniendo yo algunos puntos de filólogo no puedo dejar pasar de largo –aunque haya de ser como apéndice a estos paseos de Alonso Zamora Vicente por Salamanca– aquellos casos en que enseñó a escribir a sus discípulos, por medio de los quiebros hechos a la lengua para que se sorprendieran y dejaran pasar de barato la escritura. Me he topado varias veces con ese grato tropiezo de un estilo en que el escritor busca hacernos huir de lo esperable, manteniendo una prudente cautela con lo novedoso, sin tratar por ello de ser arcaizante. Se trata de esas opciones no esperables como la que vemos en algunas elecciones léxicas relacionadas con el transporte. Empezando por los coches –*automóviles* en el texto (*automóvil* entra en el *Diccionario* de la RAE en la edición de 1899²; *coche* amplía su significado antiguo a los vehículos de tracción automóvil, en la edición de 1983)–, que tocan una *sirena*, en lugar de la más esperable *bocina*. *Sirena* la acoge el diccionario académico en 1925 (definida en la acepción que nos interesa con un descriptor curioso, que hoy podría emplearse como irónico: “pito que se oye a mucha distancia y que se emplea en los buques, automóviles, fábricas, etc., para avisar”); entra en esa misma edición *bocina*, como a la espera de que compitiera *claxon* con ella, con un sentido que todavía es usual: “instrumento [...] que se hace sonar mecánicamente en los automóviles...”. *Sirena*, que se ha mantenido en el diccionario vulgar académico hasta el 2001, se aplica en la actualidad solo a los coches de la policía, de bomberos y a las ambulancias; en los años cincuenta, al recurrir a *sirena*, don Alonso estaba sencillamente evitando el término más común. Si nos acercamos ahora al tren, el diccionario proporciona varios sinónimos, por medio de los que se hace referencia a los “railes” por los que discurren máquinas y vagones. No es este el momento de explicar cómo se organizan estas palabras en el diccionario (ni mucho menos el de cómo deberían organizarse atendiendo a su historia y a su uso), lo que importa es la opción por la forma más precisa y antigua, de *carriles*, en lugar de *vías*, aplicado a esos caminos por los que discurren los trenes, opción que le lleva a preferir también *mercante*, que es el uso de los ferroviarios, a tren (de) *mercancías* (“*mercante* dicen los ferroviarios”). Basta con esta pequeña selección léxica para mostrar la atención que aquel etnógrafo que había aterrizado en nuestra universidad salmantina prestaba a las palabras. No eran para él un mero aderezo de estilo, sino la consecuencia de su obsesión para someter la escritura en una permanente elección.

² Se citan distintas ediciones de este diccionario (con títulos en que se hace la referencia a la *lengua española* o a la *lengua castellana*) a través del *Nuevo tesoro de la lengua española*, accesible desde el portal de la Real Academia Española.

5. Conclusión

La Salamanca que don Alonso enseñó a ver (y luego a mirar y después a contemplar) a sus discípulos formaba parte de un relato, no en el sentido en que hoy se utiliza esta palabra, en el que el sol, la lluvia, los edificios eran solo el escenario por el que se movían los salmantinos: tristes, alegres, esperanzados. Un paisaje y paisana-je que se mezclaba con el sonar de las campanas, con los ruidos de los coches, con el ambiente de las ferias, con el frío, con la lluvia... Toda una aventura de la ciudad que el profesor ayudó a que sus alumnos aprendieran a amar. Una ciudad más veraz que real, transformada por el bálsamo de la literatura. La mirada de Alonso Zamora Vicente supo paliar la insoportable abulia de una Salamanca que, gracias a algunos de sus profesores, no dormía enteramente la siesta.

6. Referencias bibliográficas

- Conde, Juan Luis (2016): *El abrigo de Thomas Mann*. Madrid: Reino de Cordelia.
- Martín Gaite, Carmen (1988): *Entre visillos*. Barcelona: Destino.
- Pérez Reverte, Arturo (2016): *Falcò*. Madrid: Alfaguara.
- Zamora Vicente, Alonso (1952): "Otoño en Salamanca". *La Nación* (23/11/1952). Buenos Aires. Reed. Alonso Zamora Vicente, *Suplemento Literario*, introducción de Leonardo Romero Tobar, pp. 41-44. Madrid: Espasa-Calpe, 1984.
- Zamora Vicente, Alonso (1956): "Vuelve la feria", in Alonso Zamora Vicente, *Suplemento Literario*, introducción de Leonardo Romero Tobar, pp. 63-67. Madrid: Espasa-Calpe, 1984.
- Zamora Vicente, Alonso (1959): "Tertulia provinciana", in Alonso Zamora Vicente, *Suplemento Literario*, introducción de Leonardo Romero Tobar, pp. 86-90. Madrid: Espasa-Calpe, 1984.
- Zamora Vicente, Alonso (1959b): "Desde la fiebre", in Alonso Zamora Vicente, *Suplemento Literario*, introducción de Leonardo Romero Tobar, pp. 81-85. Madrid: Espasa, 1984.
- Zamora Vicente, Alonso (1984): *Suplemento Literario*, introducción de Leonardo Romero Tobar. Madrid: Espasa-Calpe.